

LOS HOMBRES NO SON LADRILLOS

Habituados a las modernas concentraciones parcelarias la parábola del evangelio de hoy parece haber perdido actualidad. Vemos ahora superficies inmensas sin senderos hechos por transeúntes, sin ribazos llenos de zarzas y matorrales, sin zonas pedregosas que hieran la maquinaria sembradora. Pero todavía anda por ahí el agricultor menos sofisticado que esparce *a boleó* la semilla: cae en el sendero y se la llevan los gorriones; cae en zona pedregosa o en el ribazo y no acaba de prosperar; o bien cae en tierra buena y produce la espiga con treinta, sesenta o cien granos.

Y aquí la pregunta que a tantos desconcierta: ¿cómo compaginar el poder y el amor de Dios con el mundo de mal con el que cada día tropezamos? O dicho de otro modo: ¿cómo casar la energía de una Palabra eficaz como la lluvia y la nieve -que no se evaporan sin dar fruto (cf. Is 55,10s)- con una siembra tantas veces estéril? La respuesta está en la condición de libertad del hombre. **No son los hombres ladrillos** que puedan ordenarse desde un proyecto diseñado; **los hombres son tierra en la que Dios siembra una fuerza de salvación**. No siempre la tierra está bien dispuesta y mullida para recibir la semilla; no siempre el corazón del hombre está preparado y dispuesto para acoger la Palabra de Dios. Ésta no es como la habitual palabra humana que pretende manipular, dirigir o uniformar respuestas. **La Palabra es “semilla que lleva en su interior un germen de vida”**. Su destino no es oprimir u obligar, sino generar Vida nueva y eterna en quien libremente la recibe. Entra por el oído -“*la Fe viene por la predicación*”, dirá San Pablo- y busca el corazón como lugar donde germinar.

Sucede que hay quienes no la entienden, y preguntan: ¿cómo es posible *amar al enemigo?*, ¿cómo se puede decir “*vende lo que tienes y dalo a los pobres*”? ¿cómo que “*matrimonio para toda la vida*”, o eso de “*ofrecer la otra mejilla*”? ¡Absurdo! ¡Locos! ¡Dios no puede pedir imposibles, son cosas que habrá que adecuar a la realidad cultural o sociológica sin fundamentalismos! Al no comprenderla rebota en el corazón.

Otros acogen la Palabra con alegría: “*¡Eso es lo que necesitaba!*”. Creen que Dios exige heroísmos, y entonces se comprometen con voluntarismo juvenil, ignorantes de la propia limitación. Dios los quería ‘tierra’ en la que su Palabra cayera como lluvia que empapa y semilla que germina, y ellos, en cambio, se sienten ‘voluntad fuerte’, capaces. **Pero la vida pasa factura**, llegan contratiempos y dificultades o la Palabra entra en contradicción con sus afanes humanos de afecto, de poder o dinero... y lo que provocó entusiasmo se seca, produciendo ahora frustración y esterilidad.

Otros son como la Virgen María: gustan de una Palabra que les trasciende. Se saben incapaces de cumbres tan altas, pero se sienten elegidos y acogen la Palabra como promesa de un Dios que no anda lejos, y dan una respuesta agradecida y libre: “**Hágase en mí, según tu Palabra**”. ¡Y son felices!

Y tú, amigo/a, ¿dónde estás?; o mejor... ¿dónde quieres estar a partir de hoy?

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM